

“La memoria del movimiento.Relato”

Corría la década de los setenta y yo tenía unos catorce años cuando mi médico, con ese tono serio que usan los adultos cuando hablan del futuro, recomendó que hiciera algo de ejercicio. No bastaban —según él— las caminatas rurales que tanto me gustaban con mis amigos: era necesario elegir un deporte, aficionarme a algo que ordenara el cuerpo y, de paso, la voluntad.

—Eres muy joven para permanecer tanto tiempo sin hacer actividad física suficiente y recuerda que, el deporte es un hábito que puede durarte toda la vida y traerte muchos beneficios

De vuelta en casa empecé a descartar opciones una por una, hasta que el patinaje se detuvo frente a mí como una idea obstinada. Hasta entonces solo conocía un artefacto metálico de cuatro ruedas que se ajustaba a cualquier zapato y que, con la misma facilidad con la que prometía deslizarme, se soltaba sin aviso, dejándome a merced del suelo. Si iba a patinar de verdad, necesitaba unos patines auténticos.

Los vi en una tienda deportiva: bota blanca, ruedas rojas y unas pequeñas luces que se encendían al girar, como si la noche también quisiera acompañarlos. Eran caros, demasiado para mis ahorros, pero mis padres —conscientes de la importancia de esa motivación— completaron el dinero. Volví a casa con ellos y supe de inmediato que algo había cambiado: el movimiento era más fácil, el equilibrio más seguro, y los tropiezos parecían cosa de otra vida.

Desde entonces, cada día era una carrera silenciosa contra el reloj para cumplir con mis deberes y salir a practicar. Primero con mi prima, recorriendo calles tranquilas o parques para principiantes. Bogotá era fría y lluviosa, y muchas veces invitaba a quedarse en casa, pero bastaba con que mis ojos se posaran en los patines para que una fuerza inexplicable me empujara a salir. No entendía cómo, pero no podía terminar un día sin usarlos, sin superar una nueva distancia, una pequeña pirueta, una velocidad mayor.

Con ellos llegaron nuevos amigos, nuevos lugares y, sobre todo, los domingos de ciclovía: cuando Bogotá cerraba avenidas al tráfico, allí cuerpos en movimiento, iban por la ciudad respirando distinto. Mi mundo dejó de ser interior. Incluso cansada, sentía que aquellas botas me reclamaban su derecho a rodar.

Los años pasaron y con ellos llegaron el trabajo, la universidad, las responsabilidades. El tiempo se redujo, pero nunca del todo: siempre encontraba un momento nocturno para salir a pasear con mis patines. Hasta que un día, por descuido, no revisé sus piezas. En plena ciclovía, una vibración traicionera soltó las ruedas delanteras y caí con violencia. El golpe en el coxis me dejó inmóvil. Mis primos y mi hermano improvisaron un regreso doloroso, y el diagnóstico fue una fisura que me obligó a detenerme.

Durante la recuperación, los patines parecían llamarme desde algún rincón de la casa. Incapaz de resistir ese reclamo silencioso, pedí que los guardaran en la buhardilla. Poco después me casé, me mudé, y los impulsos de volver a ellos se hicieron cada vez más lejanos. Mi vida

cambió mucho y la formación de una nueva familia requería de mi atención la mayor parte del tiempo, además de mi vida laboral y otra serie de compromisos que iban surgiendo. Varios de estos motivos eran reales situaciones que restaban tiempo para el ejercicio físico, claro que también me faltaba interés para priorizar y acercarlo nuevamente a mi rutina.

Muchos años después, ya mayor, pensionada y con la vida rodada entre alegrías y dificultades, decidí mudarme a otro país, cerca de mis hijas. Vendimos la casa familiar y, al recorrerla por última vez, subí a la buhardilla. Allí estaban: blancos, rojos, intactos. No pude apartar la mirada. Decidí que serían lo único que me llevaría conmigo.

El tiempo libre y los exámenes médicos llegaron juntos. Mi salud era buena, salvo un sobrepeso que castigaba mis rodillas. El médico recomendó ejercicio. En casa, mientras pensaba qué hacer, mis ojos volvieron a encontrarse con los patines. Era absurdo: tenía más de sesenta años. Solo pensaba limpiarlos, probarlos un poco. Nada más.

Pero una tarde me encontré calzándolos, temerosa, en una pequeña senda de la urbanización. Y entonces ocurrió: el equilibrio volvió, el cuerpo recordó. Por un instante fui otra vez la chica de catorce años. No quise patines nuevos. Estos eran los míos. Recuperé algo que creía perdido y volví a ser inseparable de aquellos deslizadores mágicos que, perdonaron mi largo olvido, desde siempre, parecían saber exactamente lo que yo necesitaba.

TOYA